

V

En la calle, Damour comenzó á caminar rápidamente, costándole mucho trabajo á Berru el poder seguirle. En el bulevar de Batignolles, cuando vió que su camarada, reventado por la caminata, se dejaba caer sobre un banco, con las mejillas pálidas y los ojos extraviados, le dijo todo cuanto pensaba. El, cuando menos, hubiera abofeteado al burgués y á la burguesa. Le sublevaba la idea de que un marido cediese de aquel modo su mujer, sin condiciones. Era preciso ser un Juan Lanás; sí, un Juan Lanás, por no decir otra cosa. Y citaba el ejemplo de otro comunista que había encontrado á su mujer amancebada con un particular. Al menos ellos

llegaron á un arreglo, y vivieron y viven muy felices; pero tú te has portado como un verdadero botarate.

—¡Tú no comprendes nada!— repuso Damour.— ¡Vete... porque no eres amigo mío!

—¿Que no soy tu amigo, después de lo que he hecho? ¿Qué va á ser de ti? Reflexiona un poco. No tienes á nadie y te ves como un perro en medio del arroyo... y te morirás de hambre, si yo no te saco de este atolladero... ¡Que no soy tu amigo! Si yo te abandono, no tienes más remedio que meter la cabeza debajo de la pata, como los pollos que se quieren morir.

Damour hizo un gesto desesperado. Era cierto: no tenía más remedio que echarse al agua ó hacerse prender por los agentes.

—Pues bien—continuó el pintor,—soy de tal modo tu amigo, que voy á llevarte á casa de alguien, donde encontrarás perrera y sopa de sebo.

Y se levantó como á impulsos de una súbita idea. Levantó á la fuerza á su compañero, que balbuceaba:

—¿Pero dónde... dónde?

—Ya lo verás... puesto que no has querido comer con tu mujer, comerás mejor y ten la seguridad de que no te permitiré hacer dos tonterías en un día.

Caminaron rápidamente, descendiendo por la calle de Amsterdam. En la calle de Berlin se detuvo Berru delante de un hotelito, llamó y preguntó al lacayo que fué á abrir si Mme. Souvigny estaba visible; y como el lacayo vacilase, añadió:

—Dígale usted que aquí está Berru.

Damour le siguió maquinalmente. Aquella visita inesperada, aquel hotel lujoso, acabaron de trastornarle la cabeza. Subió. Luego, repentinamente, se encontró en brazos de una linda rubita, apenas cubierta con un peinador de encajes. La joven exclamaba:

—¡Papá!... ¡Es papá!... ¡Oh, qué feliz me ha hecho usted, trayéndole!

Era una buena hija y se preocupaba muy poco de la blusa ennegrecida del viejo, encantada, palmoteando, en una crisis aguda de amor filial. Su padre, turbado, ni aun la reconocía.

—¡Es Luisa!—le dijo Berru.

Entonces balbuceó:

—¡Ah... sí!... Es usted muy amable...

No se atrevía á tutearla. Luisa le hizo sentar en el sofá: después llamó para prohibir que se abriese á nadie. Jacobo, entretanto, miraba la habitación tapizada de casimir y amueblada con una riqueza tan delicada que le enternecía. Y Berru, triunfante, le pegaba palmaditas en la espalda, repitiendo:

—¡Eh! ¿Dirás aún que no soy tu amigo? Sabía yo muy bien que tendrías necesidad de tu hija. Entonces me procuré sus señas y vine á contarle tu situación, y me dijo inmediatamente:

—¡Tráigamelo usted!

—¡Ya lo creo!... ¡pobre papá!—murmuró con voz febril.— ¡Ya sabes que tu república me inspira gran horror! Esos comunistas son unas malas personas que destruirían el mundo si les dejasen hacer... Pe. o tú, tú eres mi querido papá. Me acuerdo lo bueno que eras, cuando, pequeña, estaba siempre enferma. Ya verás, nos entenderemos perfectamente, con la condición de que no hablaremos jamás de política... Por de pronto vamos á comer los tres juntos... ¡Oh, qué bien!...

Estaba sentada casi en las rodillas del obrero, riente, con sus ojos claros, sus finos cabellos pálidos distribuidos encima de las orejas. Damour, sin fuerzas, se sentía invadido por un delicioso bienestar. Hubiera querido rehusar, porque no le parecía muy honrado ni digno sentarse allí en la mesa. Pero no encontraba su energía de hacía unas horas, cuando salió de casa del carnicero, sin volver la cabeza, después de haber brindado por última vez. Su hija era demasiado dulce, y sus manecitas, que le acariciaban las sienes, le encadenaban.

—¿Vamos, aceptas?—preguntó Luisa.

—Sí,—dijo por fin, en tanto que dos lágrimas corrían por sus mejillas, arrugadas por la miseria.

Berru lo encontró muy razonable. Cuando pasaron al comedor, un lacayo vino á decir que el señor estaba allí.

—No puedo recibirle,—dijo Luisa tranquilamente.—Dígale usted que estoy con mi padre... Que vuelva mañana á las cuatro, si quiere...

La comida fué encantadora. Berru la amenizó con toda suerte de equívocos, que hacían reír á Luisa hasta derramar lágrimas. Parecía estar en la calle de los Envierges, y que aquello era una felicidad. Damour no cesaba de comer, falto de descanso y de alimento; pero una sonrisa de exquisita ternura se dibujaba en sus labios cada vez que sus miradas se cruzaban con las de su hija. A los postres bebieron un vino azucarado y espumoso como el champagne, que les puso muy alegres. Cuando los criados se retiraron, con los codos sobre la mesa, hablaron del tiempo pasado con la melancolía de la embriaguez. Berru había liado un cigarrillo, que Luisa encendió, con los ojos medio cerrados y el rostro abismado. Se enzarzó en sus recuerdos y empezó á hablar de sus amores; del primero: un guapo joven que había hecho muy bien las cosas. Después insinuó juicios muy severos contra su madre.

—Comprenderás,—le dijo á su padre,—que no quiero verla más, pues se ha conducido muy mal. Si quieres, iré á decirle lo que pienso de su manera de obrar contigo.

Pero Damour declaró gravemente que aquella mujer no existía ya para él. De pronto levantóse Luisa, exclamando:

—A propósito, voy á enseñarte algo que te causará placer.

Salió, volviendo prontamente con el cigarrillo en la boca, y entregó á su padre una vieja fotografía amarillenta, con los ángulos rotos. Fué una sacudida para el obrero que, fijando sus ojos turbados en el retrato, gimoteó:

—¡Eugenio... mi pobre Eugenio!

Pasó la tarjeta á Berru, y éste, lleno de emoción, murmuró por su parte:

—¡Estás muy parecido!

Luego pasó á manos de Luisa. Esta le miró un instante, pero le ahogaron las lágrimas y lo devolvió, diciendo:

—¡Lo recuerdo bien!... ¡Que guapo era!

Y los tres, presa de súbito enternecimiento, lloraron juntos: Dos veces más dió la vuelta el retrato, en medio de las más sentimentales reflexiones. El tiempo había obrado sobre el retrato: el pobre Eugenio, con su uniforme de guardia nacional, parecía una sombra perdida en la leyenda. Pero

habiendo vuelto la tarjeta, el padre leyó lo que escribiera á raíz de su muerte:

—«Te vengaré.»

Y cogiendo un cuchillito de postres, lo blandió sobre su cabeza, repitiendo su juramento:

—Sí, sí; ¡te vengaré!

—Cuando ví que mamá andaba mal,—decía Luisa,—no quise dejarle el retrato de mi pobre hermano. Una tarde se lo birlé... Es para tí, papá, yo te lo cedo.

Damour había puesto la fotografía contra su vaso y la miraba aún. Sin embargo, se empezó á hablar razonablemente. Luisa, con el corazón en la mano, quería sacar á su padre de la miseria. Habló de que viviese con ella; pero se convino en que aquello no era posible. Por fin, tuvo una idea: preguntóle si consentiría en cuidar una propiedad que un caballero acababa de comprarla cerca de Mantes. Había un pabellón, donde viviría muy bien con doscientos francos al mes.

—¡Cómo! ¡Eso es el paraíso!—exclamó Berru aceptando por su compañero. Si se aburre, yo iré á visitarle.

Una semana después, Damour estaba instalado en Bellos-Aires, la propiedad de su hija, y allí es donde vive ahora, en un reposo que la Providencia le debía bien, después de las desgracias con que lo había colmado. Engorda, se rejuvenece,

vestido como un burgués, teniendo el aspecto bondadoso y honrado de un anciano militar. Los aldeanos le saludan con respeto. Caza y pesca á la caña. Se le encuentra al sol, en los caminos, mirando los sembrados, con la conciencia tranquila del hombre que no ha robado nada y que come de sus rentas rudamente ganadas. Cuando su hija viene con algunos caballeros, sabe mantener su rango. Sus grandes alegrías son cuando su hija hace una escapada y comen juntos en el pabelloncito.

Entonces la habla con ceceos de nodriza, mira sus galas con aire de adoración; y aquellos almuerzos son delicados, con toda suerte de cosas buenas que hace guisar él mismo, sin contar los postres, pasteles y bombones, que Luisa trae en los bolsillos.

Damour no ha intentado ver más á su mujer. No tiene más que á su hija, que se apiada de su anciano padre y que es su orgullo y su alegría. Además, ha rehusado igualmente intentar el menor paso para restablecer su estado civil. ¿A qué impugnar los registros del gobierno? Esto aumenta la tranquilidad en torno suyo. Está en su agujero, olvidado, perdido, no siendo nadie, no enrojeciendo por los regalos de su hija; en tanto que si le resucitase, quizá algún envidioso hablaría mal de su situación, y aun él acabaría por sufrir.

A veces, sin embargo, hay gran movimiento en el pabellón. Es cuando viene Berru á pasar cuatro ó cinco días en el campo. Por fin ha encontrado, en casa de Damour, el soñado rincón donde matar el tedio de París. Caza y pesca con su amigo; pasa días enteros echado sobre la espalda del río. Después, por la noche, ambos camaradas hablan de política. Berru trae de París la prensa anarquista, y luego de haberla leído, se extienden en consideraciones sobre las medidas radicales que habrían de tomar; fusilan al gobierno, ahorcan á los burgueses, queman á París para reedificar otra ciudad, la verdadera ciudad del pueblo. Su tendencia es la felicidad universal por medio de una exterminación general. Por fin, cuando sube á acostarse Damour, que ha hecho poner un marco al retrato de Eugenio, se aproxima, le mira, blande su pipa, y exclama:

—Sí, sí; ¡te vengaré!

Y al otro día, con el rostro sonrosado y el cuerpo ágil vuelve á la pesca, en tanto que Berru, tendido en el ribazo, duerme con la nariz metida en la hierba.

FIN

